G R A U

EL MARINO EPONIMO DEL PERU

POR EL TENIENTE 1º C. I. C. S.
FERNANDO ROMERO

2ª EDICION. — PUBLICADA POR EL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA PARA DISTRIBUIRLA ENTRE LOS ESCOLARES. — 1936

(Escrito para los escolares moqueguanos y leído por su autor en el Puerto de Ilo (Moquegua) el 27 de Julio de 1934).
Editado por la "REVISTA DE MARINA Y AVIACION", a solicitud del Señor Alcalde del Concejo Provincial de Ilo, para ser obsequiado entre los escolares de la Provincia Litoral de Moquegua, en 1934.

El señor Ministro de Educación Pública, General Ernesto Montagne, en su deseo de fortalecer los sentimientos nacionalistas resaltando las acciones de nuestros héroes, ha ordenado la edición oficial de este folleto.

Lima, 8 de octubre de 1936.

LIMA
1936

MOCION PRESENTADA AL CONGRESO CONSTITUYENTE POR EL SEÑOR REPRESENTANTE POR PIURA DON ERNESTO MERINO R. Y APROBADA POR DICHO CUERPO LEGISLATIVO

Un sello de la República.

Congreso Constituyente de 1931.
Señor Presidente:

En el año 1934, con ocasión de conmemorarse el Primer Centenario del Nacimiento de Miguel Grau, el Teniente Primero de la Armada Don Fernando Romero, dictó una conferencia en el puerto de Ilo, en la que historió la vida del héroe. Este trabajo, por su forma clara y valioso, mereció no solo la felicitación especial de los Municipios de Moquegua y Piura, sino también su publicación en la Revista Naval e impresión en folletos por el Ministerio de Marina, los que fueron repartidos a los escolares de la Provincia de Moquegua. Recientemente me ha sido grato leer esa conferencia, hallándola, por su veraz y detallado contenido histórico, merecedora de la mayor difusión. Por tales consideraciones, con la evidencia de realizar un acto de patriotismo y elemental justicia, solicito que, con acuerdo de la asamblea, se oficie a los ministerios de Guerra y Gobierno, a fin de que dispongan la inserción de dicha conferencia en las revistas del Círculo Militar y de la Policía; e igualmente oficiar al Ministerio de Educación Pública, para que, ordene la impresión en folletos los que deberán ser repartidos en las Escuelas de la República.

Fdo. — ERNESTO MERINO R.

GRAU

EL MARINO EPONIMO DEL PERU

San Miguel de Piura

Caricia de vegetación en medio del arenal reverberante, encuéntrase la ciudad de Piura muy al norte de nuestro territorio. Se asienta en un valle pequeño y fértil que circundan algarrobos y yerbasantas. La Pampa de Chira, el Tablazo de Paita y el Despoblado de Piura pretenden ahogarla tentre sus médanos calurosos, movedizos y cambiantes. Pero lo impide un riachuelo formado por las aguas de lluvia, que la mayor parte del año muere sorbido por las arenas de las tierras bajas. El Piura no tiene lecho fijo. Mas logra formar un valle que sale hacia el mar. En él crecen, blanco y suave, el algodón, y dulces y pulposos, los mangos y las chirimoyas. Cabras vacas, caballos, asnos y mulos famosos por su resistencia discurren entre los algarrobos, chilcos y faiques. En el suelo hay sal, azufre y petróleo.

"Si Piura tuviera riego
otro gallo le cantara....",

dice la marinera. En efecto, Piura es hoy una de las tantas regiones de la costa cuyo valle agoniza en espera de los canales de regadío. Pero no fué así otrora. Don Francisco Pizarro, al conjuro de su palabra ruda de porquero atrevido, la hizo nacer primero que todas, en los lejanos días de la Conquista. San Miguel llamábase entonces. Formó el primer peldaño de la dura escala de triunfos que, por Cajamarca y Jauja, llevó a los conquistadores al Cuzco, la deslumbradora Capital del Oro de los Incas. De aquella ciudad partieron el marqués y los suyos a ajusticiar al decadente Atahualpa. Belalcázar a la conquista de Quito. El tuerto Almagro y Núñez de Vela a su muerte. La Gasca al triunfo. Gonzalo Pizarro, el último halcón, a la desgracia.

No todos aquellos hombres de corazón rugoso y yelmos brillantes se limitaron a pasar por San Miguel. Algunos quedáronse. Y fué creciendo la ciudad caliente y voluptuosa, centro importante de comercio, primera plaza para los traficantes que llegaban de Panamá con productos de España y última de quienes partían a ella portando el oro indígena. Así fueron brotando de la arena casas pesadas y somnolientas, de poyos, cancelas y patios andaluces tras de portones claveteados. Casas en cuyas ventanas, defendidas por rejas de fierro de tejido churrigueresco,, llameaban los claveles rojos, como en Andalucía. Mansiones olientes a sahumerio, en cuyo interior los azulejos, los damascos, las alfombras y los tapices españoles quedaban a la media luz de los faroles colocados en las hornacinas. En las huertas y jardines

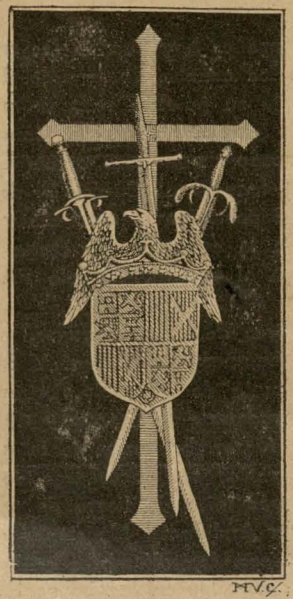
perfumaban el jazmín del cabo, los alheelíes, los ñorbos y las azucenas. Y los muros eran albergue de eléctricas iguanas verdes y lagartijas terrosas.

Mas lejos quedaban las haciendas. En ellas los negros esclavos cultivaban el suelo, curtían pieles y preparaban jabón bajo el chasquido del látigo. Se multiplicaban los ganados. Y las carrozas iban y venían entre San Francisco y los fundos, uniéndolos, como doradas golondrinas.

Bajo tales auspicios no podía crecer sino una ciudad alegre. Y así fué San Miguel de Piura, tierra de bailes mulatos al son de vihuela, arpa y cajón. Tierra de buena chicha y aguardiente. Tierra tropical en eterna siesta, bañada por un sol jocundo y fuerte que todo lo penetra. Sol que "en la mañana canta y se eleva como un himno triunfal; al medio día cae a plomo sobre los seres y se prende de ellos en un abrazo lujuriante y enervador, y en las tardes se retira con la pompa y la majestad de un rey, bajo un palio de celajes esplendentes, dejando tras de sí, mucho después de haberse ocultado, un halón de polvo de oro"....(1).

¡Piura! El Pacífico modeló su litoral dándole los rasgos de un viril rostro indígena. En él se destaca el Desierto de Pariñas como una nariz que husmea glorias marinas. Bajo el labio superior, formado por el Tablazo y la Silla de Paita, la Bahía de Sechura semeja hambrienta boca que mordiera el océano. Más abajo avanza, prógnata, el mentón de Agujas. Al oriente, en tanto, la cordillera se agacha en Huarmaca y Huamani para luego trenzar la indómita cabellera de Loja.

Así, todo el departamento es una gran cabeza, hecha de roca bravía y arena cálida, que mete la cara en el mar y reclina la nuca en los Andes fuertes y duros. Rostro azul besado por las aguas. Crenchas divididas por las montañas. El cerebro, en cambio, está en las praderas espléndidas del Chira y el Piura. Cerebro poderoso en sus proteicas manifestaciones. Con La Cotera se llamó valerosa audacia. En Escudero fué verbo llameante. Poesía ardorosa y romántica en Salaverry. Belleza de color en Merino. Patriótica inquietud en Lizardo Montero. Sabiduría en Heredia. Humanitario amor en Eguiguren.



El Hogar

En los primeros años republicanos de esa San Miguel de Piura que acabáis de conocer encontráronse cierto día un libertador y una criolla. El era un militar colombiano venido en 1824 de Cartagena con Bolívar, el mulato iluminado que llegó, desde los llanos venezolanos al Perú, libertando naciones a golpe de espada. El Teniente Coronel Juan Manuel Grau Berrío era de ascendencia catalana. Corría por sus venas la sangre salada de los grandes navegantes aragoneses y de Barcelona. Venía el apellido de Jofre de Grau, uno de los heróicos marinos que hicieron del Mediterráneo lago español. Un hijo de las costas orientales de la Península, región gallarda y trabajadora.

Ella era una criolla dulce y buena en cuyos ojos de ñorbo había prendido un pedazo de sol piurano. Era hermosa, apasionada, querendona. En Luisa Seminario del Castillo se había unido la sangre de dos familias muy antiguas en el valle del Piura. Ella tenía que representar cuanto nuestras mujeres valen. Por ser peruano, en ese vientre bien podía nutrirse un héroe que tuviera la hipereroicidad y energía racial españolas, la bondad y la ternura mulatas y el brillo cegador del sol norteño. Las madres no tiene historia. Cuando, como en el caso que tratamos, los hijos hacen de su vida una magnífica epopeya, noble y humano es juzgarlas por éstos.

La Emancipación no había significado un cambio en las costumbres criollas. Por eso al nacer Miguel Grau Seminario, uno de los hijos de la amorosa unión que hemos tratado (al que se bautizó con el nombre del Santo Patrón de la ciudad), la vida era sencilla, casi primitiva, a base de indumentaria, mueblería y gustos virreynales. Vino al mundo el pequeño el primer día de las fiestas conmemorativas de la libertad patria del año 1834. Así el Destino pareció haberle marcado con signo de predestinación desde que exhaló su primer vagido.

Cuidados por las mamas morenas, por entonces los niños estaban en pie a las seis de la mañana y retozaban entre los jardines hasta las nueve o diez, hora en que se almorzaba. Volvían al holgorio hasta el momento de comer (las tres de la tarde), y después de rezar el rosario, que reunía en el oratorio a esclavos y amos, íbanse a descansar hasta el día siguiente, soñando en las raras historias de penas que las mulatas referían meciendo las cunas. "Cuando de la torre de la Catedral descendía, al caer la tarde, el toque de oración, como en los viejos tiempos del virrey toda la ciudad quedábase inmóvil y silenciosa. Quitábanse los clérigos sus puntiagudos sombreros de teja, los caballeros sus altísimos tarros, las vendedoras sus jipijapas, los esclavos sus gorras. Como en la Colonia, las procesiones conmovían la ciudad entera, acompañadas algunas por las mascaradas de gigantes y cabezudos, o coincidiendo con las exhibiciones de moros y cristianos que revivían en castellano viejo, autos sacramentales antiquísimos" (2).

La influencia de esa ciudad y este ambiente harían más tarde que el héroe fuera, al par que reflexivo y duro en los actos disciplinarios, religioso hasta la continua invocación a Dios, suave y sensitivo hasta el amor a los niños. Diáfana como el cielo norteño fué su alma. La tierra pudo hacerla laxa. Pero cuando abrió los ojos a la realidad de su nacimiento, la retempló en el dolor. Por eso este hijo de suelo cálido y ciudad fiestera tuvo acerada energía y sangre fría de septentrional.

Infancia

Si preces religiosas oyó el pequeño Miguel en su cuna, ruido de clarines guerreros animaron su infancia. También cambio el escenario. Nombrado el padre Vista de la Aduana de Paita, fué al puerto con los suyos. Se quedó atrás la inmensidad del arenal y apareció ante sus ojos la grandeza del océano, su profundidad inconmesurable, su cantar de siglos, persistente y monótono. Por primera vez mostróse a su mirada la inquietud viajera de las naves, el trabajo duro del trasporte marítimo, las rudas faenas de a bordo. Paita era entonces más importante que ahora. Los buques de vela entraban a menudo. Y salían del puerto después de dormitar un poco en sus aguas tranquilas. Las panzas de los veleros, siempre ansiosos, se llenaban y vaciaban en tierra. El pequeño Miguel, absorto ante este nuevo mundo que se iba descubriendo a su cerebro infantil, comenzaba a mirar el mar....

No eran los azulosos confines, donde las velas fingían blancas plumas al viento, los que llamaban sus ojos; tampoco las olas espumosas y juguetonas. Ni las toninas saltadoras. Ni tan siquieras los tiburones aleves. Los ojos tristes de este infantes demasiado serio —tristeza y seriedad de predestinación— estaban siempre fijos en las manchas sangrientas con que el sol se despedía diariamente. También sus pensamientos miraban ocasos: los sangrientos crepúsculos con que los caudillos peruanos se ponían, muchas veces para siempre, en el cielo de la Patria....

Eran los días trágicos de las dictaduras y los pronunciamientos. Como faros que a ratos se perdían en la niebla, los nombres de Gamarra, Salaverry, Santa Cruz, Orbegozo, Nieto y otros destellaban de luz y se ocultaban en esa noche lóbrega de diez años que al fin iluminó Castilla. Los buques de guerra llegaban al puerto en huída o acecho y volvían a salir presurosos y cargados de muerte. Primero sonaba el nombre de un general audaz y garrido de ventinueve años: Felipe Satiago Salaverry. Defendiéndolo anclaban y partían LA LIBERTAD, LA PERUVIANA o LA LIMEÑA al mando de García del Postigo, lladoy o Mariátegui. Queriendo apresar a las anteriores, fondeaban y henchían sus velas frente al puerto la YANACOCHA, que mandaba Freeman, y otros buques de guerra. La costa quedaba bloqueada. lladoy tomaba Islay. Se combatía en Pabellón de Pica y Callao. Hasta que un día aquel genio impetuoso y delirante cayó fusilado en el patíbulo de Arequipa invocando el amparo de una Ley que no existía....

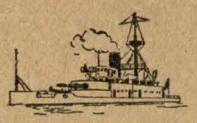
Desaparece Salaverry y llega Santa Cruz al meridiano. Paita ha dejado de ser exclusivamente nacional para integrar la Confederación, como componente del Estado Nor-Peruano. Bajo la mano fuerte del taimado napoleón aymara, comienza a haber paz, orden y progreso. Pero el enemigo acecha. Desde Valparaíso parten las naves de Blanco Encalada. Y comienzan las luchas entre Chile y la Confederación. Nuevamente conviértese Paita en lugar de tránsito de naves guerreras. Morán llega con el CONGRESO y LA LIMEÑA. LA FLOR DEL MAL y CATALINA pasan a Guayaquil. Los chilenos MONTEAGUDO y ORBEGOZO arriban al puerto tratando de impedir la unión de nuestra escuadra. Se combate en el Callao y Quilca. Hay un compás de espera con el tratado de Paucarpata. Pero luego se suceden la batalla de Islay, el bloqueo, las expediciones de los valientes corsarios peruanos y el hermoso duelo de Casma.

Deshecha la Confederación, no cesan las luchas. Nuestra escuadra embotella el litoral boliviano. Muere Gamarra en Ingavi y el Perú es campo de justas entre

La Fuente, Vidal, Torrico, Vivanco y San Román. La LIMEÑA y la YUNGAY se baten en Paita. Hasta que Castilla se impone en Agua Santa y entrega el mando al Vice-Presidente Menéndez, para ser luego elegido Presidente Constitucional.

En medio de estas luchas crecía el pequeño Miguel. Su cerebro de niño no alcanzaría a compreder toda la importancia de aquellas contiendas. Pero su memoria habría de guardar, seguramente, el recuerdo de las hazañas de los caudillos y de sus más revelantes cualidades. Por eso más tarde tuvo el arrojo ciego de Salaverry, el prestigio ante sus subalternos de Santa Cruz, el talento táctico de Gamarra y la honradez acrisolada de Nieto. Sobre los anteriores, el peso moral del último debió ser el que más influyó en la conformación de su carácter. Amigo íntimo de don Juan Manuel Grau, el lancero del caballo negro mantenía correspondencia con él. Por ésta y las conversaciones de los padres, Miguel alcanzaría a comprender toda la grandeza espiritual de ese hombre a quien por sorna llamaron el "Mariscal Greco-Romano", haciendo así su mayor elogio. De él aprendería Miguel a amar la Patria como "algo de valor absoluto, indiscutible y esencial".

Tronar de cañones. Viento rugiendo en las jarcias. Rumor de espadas y clarines. Crepúsculos sangrientos. De la rojiza lejanía y hablando esas voces que ya le eran familiares, vino por el océano la llamada de las manes marinos. Miguel la escuchó.....



Niñez

Cuenta apenas diez años cuando hace su primer viaje. Don Ramón Herrera, amigazo del padre, tiene a su cargo una goleta que hace tráfico entre Paita y Panamá. En ella se embarca Miguel pero con poca fortuna. Naufraga la embarcación y, al parecer, con ella sus esperanzas de ser marino. Porque cuando regresa no consienten que el niño vuelva a salir a la mar. Es muy pequeño. Si esta vez se ha salvado la próxima puede perecer. Además, no hay ya una persona de tanta confianza como Herrera para entregarlo a su cuidado. Vence el amoroso egoísmo paternal y Miguel ingresa al colegio de Nieto.

Años tediosos de aprendizaje escolar. El niño está a disgusto. Ya ha entrevisto la libre vida naval, con toda su belleza y sus incitaciones a la aventura. En vez de la hamaca que se mece con el balance, la camita inmóvil. Latinazgos y conjugaciones en lugar de voces de mando. Sol abrasador y no fresca brisa. . . .

Miguel se torna taciturno. En el colegio está siempre distraído, callado, casi hosco. Apenas terminan las clases y en los días de vacaciones, merodea por la playa, buscando la compañía de los marinos, olientes a brea y siempre humeando por las chimeneas de sus pipas. Los encuentra por decenas pues la paz que Castilla ha impuesto al Perú, se traduce en un aumento considerable de tráfico marítimo. Además, comienza a negociarse el salitre de Atacama y Tarapacá, y el Presidente, sempre preocupado por la Marina, ha establecido un arsenal en Paita.

¿Qué hacer con este niño agrandado que no quiere estudiar, ni juega con los de su edad? El padre piensa en dejarle cumplir su voluntad que se llama el mar. Ruega. Miguel. Y por primera vez el mocozuelo empecinado rie y salta de gozo cuando los suyos consienten en que vuelva a embarcarse. Cuenta ahora once años de edad.



Adolescencia

Era aún la época romántica de los veleros. Sembraban los marinos promesas, ilusiones, deseos: sólo veían florecer la Rosa de los Vientos. Porque el Norte, el Sur, y el Este y el Oeste estaban tendidos sobre los mares para que los nautas crucificaran sobre ellos sus esperanzas. Las distancias eran infinitas, definitivos los alejamientos, vasto el océano, lento y parsimonioso el ritmo al que movíanse las naves.

Todavía las velas preñábanse de viento para alumbrar cercanías. Quedaban aun misterios en las aguas: islas para descubrir, tierras que conquistar, regiones ignotas en los extremos del mundo. Por eso el mar, verde y salobre estuprador de naves, estaba poblado de seres, barcos e islotes fantásticos. Raudos y malignos pasaban en el lejano horizonte Jonah, Davy Jones y el "Holandés Volante". Al "Hombre Gris" precisaba ofrendarle a veces una vida humana. Y no había como escapar al embrujo terrible de la "ceguera de luna" que impedía ver los cercanos arrecifes sobre los cuales perderíase la nave. "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Yo te conjuro, maldito, maldito, maldito... En el nombre del Padre...". Así se hacía maldiciente la plegaria religiosa en los labios de los viejos capitanes, resquebrajados por la sal marina.

Tiempos todavía de piratas en el Mediterráneo, el Indico y el Mar Amarillo éstos de la iniciación de Miguel. Los baupreces señalaban el rumbo como lenguas gigantescas salidas de los mascarones proeles. Rítmicas canciones acompañaban la vuelta pujante de los mozos marinos en torno al molinete. Y resonaba aun en el aire yodado la saloma levantina, mientras los brazos musculosos se aplicaban a los cabos de labor. El viento era el señor de los océanos, a cuyo paso el cordaje decía cosas ambigüas. Para que pudiera deshacer las calmas precisaba palmeár al grumete, rascar el mesana, tirar al agua la gorra nueva o silbar fuerte, muy fuerte y largamente hasta ser atendido....

Todavía las hélices no habían domado por completo el mar. Ni los arquitectos navales lograban dar a los océanos estas moles enormes de los tiempos modernos a las que apenas si sacude el ciclón. Pequeñas las naves, corrían tumbadas sobre los costados, lamidas sus cubiertas por las olas, colgando del viento por las velas. Olas y ciclones: viejos amigos para el marino de vela. Pero capaces de cualquier deslealtad. Una noche podían "acostarlo con la muerte en el lecho del mar...."

En siete años de viajar de esta manera en naves mercantes, Miguel aprendió todas las faenas de a bordo, comenzando su carrera desde grumete. Trepando a los sobre-juanetes en temporal, su cabeza se hizo firme, sus músculos fuertes y elásticos. Espiando tormentas en el barómetro y aguantándolas, toreando ice-bergs, creció valeroso. La lenta navegación por las zonas de calma le enseñó a ser paciente, reposado. Luchando contra los elementos se hizo sereno, reflexivo, tenaz. Las guardias nocturnas, borracheras de estrellas, lo conformaron callado. (Por eso más tarde su mejor biógrafo iba a decir de él que "su cerebro discernía con lentitud y sus palabras fluían con grandes intervalos de silencio". (3). Sus manos encallecieron manejando cabullería y remos. Se dilató su pecho aspirado brea y ozono, para poder albergar su corazón, que también habría crecido. El sol y aire salobre quemaron su rostro.

En siete años escaló los diversos grados navales hasta llegar a piloto, viviendo con violencia extraña. Recorrió todos los mares. Aprendió lenguas extranjeras.

Supo de las galletas rancias ,el agua podrida, las carnes saladas y el escorbuto. Escapó de más de un incendio y un naufragio. Recaló en puertos exóticos donde tuvo amoríos, peleas y juergas. Así, sin haber casi tenido infancia, se hizo un marino que atesoró la ciencia práctica del conocimiento de los hombres y el mar. Sir Clement Markham, quien lo frecuentó mucho en sociedad, dice que este adolescente que debió ser rudo, resultó, por el contrario, afable, ingenioso y hábil en los salones (4).

Al volver al Perú se radicó en Lima. Aquí fué alumno del poeta español Velarde, quien más tarde habría de cantar su muerte en sentidas estrofas.



Mocedad

Mientras Miguel estuvo ausente la Marina de Guerra del Perú creció en fuerza e importancia. Fresca quedó en la memoria de Castilla, Presidente del 45 al 51, la afrenta que nos impuso el Contralmirante Thompson, de la Flota de Su Majestad Británica, en 1844. Fresco, también, el recuerdo de su penosa marcha a pie de Arequipa a Lima, por carencia de escuadra poderosa que se impusiera al inglés. Por eso el vencedor de Carmen Alto formó armada, adquiriendo primero fragatas, bergantines y goletas, más tarde el RIMAC y el AMAZONAS, ya de hélices. Echenique, hechura del ilustre tarapaqueño, siguió comprando naves. Así llegaron de Inglaterra la APURIMAC, el LOA y el TUMBES.

Con material y atención gubernativa se fortaleció el espíritu de la Marina de Guerra. Por eso repelióse con gallardía la intervención del Cónsul Británico Barton cuando el asunto del TRES AMIGOS. Por eso la GAMARRA fué a San Francisco de California a imponer respeto a los súbditos peruanos. Por eso la AMAZONAS dió la vuelta al mundo. Por eso, también, los marinos comenzaron a explorar la Montaña. Y supieron sacrificarse estoicamente, como Noel con la MERCEDES.

Una institución de tales hechos y esos hombres honraba a quien pertenecía ella. Grau lo sintió cuando, el 14 de Marzo de 1854, vistió el uniforme de Guardiamarina. Con el traje vino para el mozo vida nueva. Cornetas y formaciones. Dianas alegres y silencios tristes. Desfiles y listas. Ejercicios de boga y cañón. Saludos militares.

El Guardiamarina Grau se hizo pronto a la rutina a bordo del RIMAC, VIGILANTE y UCAYALI. Fué buen militar el que ya era expléndido navegante. Antes de los dos años de estar en el servicio ganó los galones de la clase superior. Dulce canción de la palabra que libraba de situaciones militares ambigüas..... "Mi Alférez".

Trasladado a la fragata mixta APURIMAC, el nuevo oficial comenzó a servir con otro marino piurano, quien ejercería desde entonces sobre su ánimo fuerte influjo, por su alma inquieta, borrascosa y romántica, tan diferente de la fría calma, la estoica serenidad y el espíritu práctico de Grau. Hablo de Lizardo Montero, el único jefe de marina que llegó a Presidente de la República Peruana, substituyendo en 1882 a García Calderón, hecho prisionero y deportado a Chile por las tropas conquistadoras.

Sirviendo con Montero, Grau se apasiona por un hombre. Este hombre se llama Vivanco, sublevado contra Castilla, por entonces Presidente del Perú en su segundo período. Aprovechando una ausencia del Comandante Salcedo, pronuncian la APURIMAC, a la cual pronto se unen LOA Y TUMBES. Embarcan a Vivanco y proceden al Callao donde se baten con el UCAYALI y los fuertes. Siguen a la costa de La Libertad y toman Trujillo. Castilla, embarcándose en un vapor de carga, a riesgo de ser apresado, sale de Lima, recupera Trujillo y obliga a huir a las naves por Paita. En Abril de 1857 regresa el rebelde al puerto chalaco, desembarca sus tropas y es rechazado tras sangriento combate en el que nuestro héroe libra la vida por milagro. Frustrada así la revolución, Vivanco escapa a Chile y los marinos revoltosos entregan sus buques en el Callao. Grau es expulsado del servicio junto con Montero, Jurado de los Reyes, Pimentel y Astete. El bautismo de sangre le ha costado caro.

Vuelve el mozo al mar, del que ya le cuesta trabajo vivir alejado. Durante tres años hace la carrera a la China y la India en buques mercantes. Pierde el empleo en 1860 y vuelve a Lima. Se le aconseja reingresar a la Armada. No acepta acogerse a la reconocida magnanimidad de don Ramón Castilla. Y mientras éste es Presidente, el sublevado del APURIMAC se mantiene fuera de filas.

Tratando Vegas de disculpar esta aventura moza de Grau dice (5) que el flamante alférez de fragata refirió más tarde haber tomado parte en ella por curiosidad. No aceptemos esta afirmación que opacaría la gloria de Grau. No pudo el futuro héroe emplear las naves del Estado y sus tripulantes en combates a cañón con el mismo espíritu de quien derriba flotas en el tablero de maniobras. Era demasiado honrado para ello. Además, no debemos negarle su capacidad de rebelión, sin la cual no sería meritoria su disciplina del 79. La virtud sin esfuerzo no tiene mérito.

Hay razonamientos más lógicos que explicarían mejor su actitud como alférez. La política era arrollador ciclón. No había por entonces en nuestra Marina un claro concepto de la distinción entre los deberes del hombre como militar y como ciudadano. Debe también tenerse en cuenta que Miguel Grau sólo contaba ventidós años de edad. Cabe pensar que el mozo, por circunstancias de cuna o influencia hogareña, debió ser conservador a **outrance** y, por tanto vería con buenos ojos el pronunciamiento de Arequipa que tenía este carácter. Precisa, por último, tener en cuenta que Castilla no pudo ser amado por todos y cada uno de los habitantes del Perú. Sobre todo si se recuerda que tuvo, como todo gran hombre, sus cojeras morales. No es un misterio, por ejemplo, que el Libertador de los Negros fué arbitrario e injusto hasta la disolución de un Cuerpo Legislativo por la fuerza armada. Toribio Pachecho ha dicho de él lo siguiente: "Examínese la conducta pública del General Castilla desde 1844 y dígasenos si su gobierno no ha sido una serie de golpes de Estado. ¿Qué han sido para él las Constituciones —y tuvo tres y un Estatuto /— las leyes, los congresos y cuantas instituciones han existido en el Perú? Instrumentos que ha sabido manejar a su antojo según las circunstancias y según le convenía" (6).

Quien no sabe protestar ante métodos equívocos ,el abuso hecho ley o la ruindad sistematizada, no tiene carácter. Grau no es menos héroe porque se sublevara contra Castilla en 1856, contra Pezet en 1865 y contra Tucker en 1866. Al contrario. Sin tales hechos y sin sus gestos humanitario del 79, la historia de su vida sería una frígida enumeración de fechas y circunstancias tácticas; oscuras por la falta de esas actitudes claras, aunque a veces sean equivocadas, que definen los caracteres y hacen comprender que un alma y un corazón animan la estructura perecedera de materia ruin, imponiéndose a menudo sobre el cerebro que reflexiona.



Hombradía

En los seis años que Miguel Grau falta de la Armada, el Perú adelanta y con él la Marina de Guerra. El guano comenzaba por entonces a dar su riqueza, que tanto daño nos hiciera mal administrada. Todo era prosperidad, crédito y consignaciones. A la sombra de ellas la Armada crecía, no sólo en el Pacífico sino también en el Oriente, donde llegó a crearse una importante base fluvial. (7) El conflicto con el Ecuador (primer triunfo nacional, un poco hipotético, sin embargo, por la actitud del Congreso del 62) terminó por deslumbrar a la Nación y asentar el prestigio naval. Las naves de guerra y los trasportes (en número de veinte) llevaron al norte las tropas que Castilla comandaba en persona y bloquearon las costas guayaquileñas por un año, al mando del Contralmirante Ignacio Mariátegui.

Al morir el año 1862 se opaca en el horizonte político peruano la recia figura de Castilla, quien entrega el mando a San Román. En 1867 vuelve a brillar el vencedor del Ecuador y el mes de mayo de ese año su estrella se extingue, cuando el genial caudillo se queda dormido para siempre, apoyada su cabeza cana sobre la montura de su caballo de batalla, en las pampas de Tarapacá.

Miguel Grau, enemigo del tarapaqueño desde su expulsión de la Armada, retorna al servicio cuando San Román asume el poder. Por entonces casado con doña Dolores Cavero, de la sociedad limeña. El 11 de Setiembre de 1863 obtiene despachos de Teniente 2º. Quince meses después ha llegado a Capitán de Corbeta y asume la Segundo Comandancia del GENERAL LERZUNDI que manda su paisano Montero. Tiene ya la apariencia de un viejo lobo de mar. Es macizo y de estatura mediana. Sus facciones son varoniles y toscas El cabello y la barba a la española forman en el rostro un marco negro que acentúa la dulce tristeza de los ojos. De este marco sólo escapan el mentón fuerte y las orejas grandes y enhiestas, como en acecho. La frente es despejada. Espesas y unidas las cejas proclamando la inquebrantable decisión de sus resoluciones. En suma, rostro masculino, leal, abierto.

Por su particular apariencia de pescador norteño, Grau se diferencia muy bien de sus compañeros. Además, por su voz delgada, en contraste con su corpachón robusto. Pero, sobre todo, por que aventaja a los demás en sentido de honradez ("en el salón de la casa y el camarote de buque", ha dicho González Prada (8)), y en inflexibilidad disciplinaria. Conocida es la anécdota del baúl del Guardiamarina Palacios (héroe más tarde con Grau en el HUSCAR) que dió ocasión a la graciosa cuarteta del "Caballero" que, a más de saber matar y saber morir con gallardía, supo de hacer versos:

"El piurano patilludo
que mis baules botó,
no será, pregunto yo,
un reverendo.....?"

Malos vientos llegan del mar por entonces. Los tiempos no son buenos para las jóvenes repúblicas hispano-americanas, ya cicuenta años libres. Desde 1854 hay ciclones conquistadores que pretenden arrasar el Septentrión. Dolorosamente constatan los indolatinos que ellos parten de la misma América. Williams Walker, audaz aventurero estadounidense, organiza y lleva expediciones imperialistas a Honduras y Nicaragua, ayudado por los esclavistas de la República del Norte. (9). España cae

sobre Santo Domingo en 1861 y se enciende la lucha en la isla. Los gabinetes de Londres, París y Madrid acuerdan ejercer medidas de fuerza sobre México para conseguir el pago de deudas. La Madre Patria levanta en esa tierra libre el trono vacilante del desgraciado Maximiliano de Austria....

En estas circunstancias el Perú convoca a un Congreso Americano y, ante tal hecho, se precipitan las cosas. Ocurre la ocupación de las Islas Chincha por la Escuadrilla Pinzón (14 Abril 1864) y, como resultado posterior, el tratado Vivanco-Pareja.

Ante este documento, Prado se levanta en el sur "reivindicando el honor nacional" y protestado del acuerdo que el Presidete Pezet ordena sea ratificado sin sometimiento a Congreso. Montero ofrece su buque al rebelde, subleva el TUMBES y desembarca tropas y cañones en Islay, con destino a Arequipa.

El Capitán de Corbeta don Miguel Grau no está por entonces en el Perú. Pezet, quien al mismo tiempo que realizaba arreglos diplomáticos con los invasores procuraba armar al país, había contratado en Inglaterra la INDEPENDENCIA y el HUASCAR y compró en Francia la AMERICA Y UNION. Para traer la último envió el gobierno al futuro héroe de Angamos quien, salvándola de feroz pampero frente a las costas argentinas, viento que la desarboló por completo, la fondeó en Valparaíso en mayo del 65.

Mientras tanto la revolución continuaba en el Perú. Prado había instalado su cuartel general en Ayacucho para marchar sobre Lima. Pezet se resistía con el apoyo de algunas unidades navales. Pero se daba cuenta de que si los buques próximos a llegar se plegaban al movimiento perdería el control del mar, control que en el Perú ha proporcionado siempre el triunfo a los ejércitos en combate. Por eso envió a Valparaíso a don Juan Manuel Grau, para que esperara al hijo (a quien acababan de ascender a Capitán de Fragata) y le rogara permanecer fiel al gobierno constitucional. Resultó inútil. El "amaba tiernamente a su padre y le probó más tarde. Pero entre su Patria humillada y vendida y las canas que le merecían respecto íntimo no vaciló" (10). Por segunda vez Miguel Grau fué rebelde. Con su buque contribuyó a que Prado llegara al poder tras el combate de noviembre del 65. Mientras tanto el padre del futuro héroe moría pobre y abandonado en Valparaíso.

Triunfante Prado, celebró un tratado de cuádruple alianza con Ecuador, Chile y Bolivia, cerrando así los puertos del Pacífico Sub-Oriental a las naves españolas. Como las nuevas unidades del Perú estaban por llegar, la División Naval salió a esperarlas a los canales de Chiloé. Bajo las órdenes del Comandante Divisionario, Don Manuel Villar, iba el Capitán de Fragata Miguel Grau, siempre al mando de la UNION. Al mando de ella, también, expuso por primera vez su vida en defensa de la Patria durante el combate de Abtao (7 Febrero 1866), en que su nave fué duramente castigada y alcanzó el mayor porcentaje de muertos. Comenzaban a sonreirle la Gloria y la Muerte.

Los triunfos de Abtao y el Callao (2 de Mayo del mismo año) tuvieron decisiva influencia en el espíritu del personal naval. Los jefes y oficiales peruanos se habían batido contra marinos escogidos de un país europeo, quienes comandaban unidades superiores a las nacionales. Demostraron arrojo, idoneidad y entusiasmo. Justo era, pues, que se autoestimaran. Y justo era también que el país, borracho de triunfos desde Castila, se creyera conquistador, fuerte e invencible. Tanto optimismo, reforzado por la admiración que despertó la lucha brillante del HUASCAR en Pacocha (en 1877), contribuyó en mucho a nuestra derrota del 79. De primera intención produjo el incidente de Valparaíso.

Pensando Prado llevar la guerra contra España a las colonias de ésta, contrató al Contralmirante Jhon Tucker, de la Marina de los Estados Unidos, para que se

encargase de dirigir una expedición a Filipinas. El yanqui, por de pronto fué nombrado Comandante de la División del Sur, en reemplazo del tumultuoso Montero, "por considerarse al último demasiado impetuoso", dice Vegas (11). Herido el piurano en lo más íntimo, protestó de la designación de un extranjero para el comando de la Escuadra, hecho que excluía para tan importante comisión, desconociendo sus méritos, a jefes antiguos, capaces y de prestigio. El Comandante Miguel Grau reinaidió en acompañar al paisano. Protestó con él, renunció el cargo y, como resultado de esta actitud, que apareció como rebeldía contra el Gobierno, resultó enjuiciado. Embarcado en el CHALACO llegó preso a la Isla San Lorenzo. Después de un proceso que duró seis meses fué absuelto y se retiró por segunda vez de la Armada, obteniendo el mando del vapor mercante PUNO, de la Compañía Inglesa, "honor excepcional a sus conocimientos náuticos, porque ha sido el único caso que se ha registrado en esa compañía", dice Vegas (12). Vicuña Mackena atribuye a este período de la carrera de Grau gran importancia. Dice que merced a él los capitanes mercantes ingleses, como buenos camaradas, suministraron al héroe durante la guerra datos muy convenientes para la ejecución de sus comisiones en la mar.



Madurez

A fines de 1867 el Capitán de Fragata Don Miguel Grau regresa al servicio como Comandante del HUASCAR. Asume el poder el Coronel Balta y en este período se constatan realidades desoladoras. Hay grandes deudas, grandes déficits presupuestales producidos por el nefasto sistema de las consignaciones del guano. Para saldar el exceso de gastos se celebra el Contrato Dreyfus, al cual está asociado el nombre de un político nuevo que más tarde va a jugar papel importante en la vida pública del Perú: don Nicolás de Piérola. No obstante la situación síguese pidiendo prestado para construir ferrocarriles y obras públicas. El servicio de la enorme suma tomada en empréstito alcanza cifras considerables que todavía pueden ser pagadas. La entrada de grandes cantidades de dinero al país produce una aparente riqueza. Se vive en el mejor de los mundos.

Ascendido a Capitán de Navío Graduado el 25 de Julio de 1868, desempeñaba don Miguel Grau todavía la comandancia del monitor cuando los hermanos Gutiérrez, encabezados por el Coronel don Tomás, se levantaron en armas (22 Julio 1872) para impedir que asumiese el mando el candidato, ya elegido por el pueblo, presentado por el Partido Civil a las elecciones presidenciales: Don Manuel Pardo. Ya hombre maduro Grau, mirando el levantamiento de cerca y desde el alto grado militar que inviste, comprende claro el juego oculto de las revoluciones nacionales que desconocía no obstante su participación en la de Vivanco. Entonces se hace **leader** de la oposición, defendiendo con ardentía el principio de la legalidad constitucional.

El golpe de estado de los Gutiérrez, inexplicable e indisculpable en esos tiempos de reacción antimilitarista, odioso por el apresamiento y posterior asesinato de Balta, indignó la opinión nacional. No escaparon los marinos de ese sentimiento. Pensando ya en rechazarlo, apenas los comandantes de buque se enteraron de las ocurrencias, fuéronse abordo y alistaron sus naves. El Capitán de Navío Grau ordenó en la suya que se levantara presión para salir a viaje.

Llamados a concejo en la Comandancia de Marina, situada en tierra, el jefe inmediato les hizo saber de manera oficial lo ocurrido y mostróles una extraña comunicación del Dictador Gutiérrez ordenando a la Marina seguir el movimiento revolucionario. Como las fuerzas del Arsenal estaban comprometidas no se tomó allí ninguna determinación definitiva. Pero al embarcarse nuevamente, reunidos por el Comandante Grau a bordo del MARAÑON, resolvieron "conservar los buques y ponerlos en aptitud de poder libertar al país de la insultante dictadura que se le quería imponer" (13).

Nuevamente citados a concejo, al enterarse de los términos brutales del último telegrama del Dictador ("Imponga Ud. la obligación de obedecer **porque esta** es mi voluntad, y haga que secunden al Ejército"), comunicaron al Comandante Diego de la Haza la resolución tomada. Con éste y otros jefes se retiraron al HUASCAR e hicieron saber a los Gutiérrez que la Escuadra sólo obedecería a un gobierno legal. El Comandante Grau sacó del puerto con su buque a los demás y todos fueron fondeados en San Lorenzo. "De allí dirigieron un manifiesto al Perú declarando la satisfacción de ser los primeros en ofrecerse para combatir la anarquía y devolver al país el ejercicio de sus libres instituciones". (14).

La aventura de los Gutiérrez a más de breve fué trágica. Embarcado Pardo en la INDEPENDENCIA, el pueblo del Callao y Lima, en una de reacciones violentas que presenta a veces su sicología blanda y apática, víctimó a los tres hermanos. El 2 de Agosto de 1872 asumió el poder el jefe del civilismo, de quien el Comandante Grau sería desde entonces fiel amigo, como nos cuenta Markham (15). Ello se explica. El partido antedicho había arbolado bandera de orden frente al desbarajuste militarista.

Ascendido a Capitán de Navío Efectivo el 19 de Abril de 1873, don Miguel Grau fué siete meses Comandante General de la Escuadra de Evoluciones, a bordo de la INDEPENDENCIA y el HUASCAR. Luego pasó a ser Comandante General de Marina. Controlando desde su importante puesto las actividades de la Institución, se dió cuenta de sus deficiencias y debilidades. Con claridad y criterio comprendió el peligro que venía del sur.

La marina peruana pasaba entonces un período de decadencia que se iba a acentuar en los años siguientes. Cuando no se la hostilizó, fué tratada con indiferencia. Por eso los jefes y oficiales se retiraron del servicio, fueron apontonadas muchas naves, se echaron a perder calderas de buques relativamente nuevos, clausuróse el Apostadero de Iquitos, no se hizo ejercicios, las piezas vitales de las máquinas y cañones se oxidaron o fueron perdidas en los depósitos y el personal subalterno no fué entrenado.

El Comandante Grau, conocedr del empeño con que era aumentada la Maria de Guerra de Chile, aconsejó y suplicó en informes oficiales, juntas técnicas y conversaciones políticas, que se reorganizará y modernizará la Armada. No fué atendido. Desalentado y no encontrando en ella campo para sus actividades, ingresó a la política, representando a Paita en las Legislaturas de 1876, 77 y 78. Durante este período fué Vocal de la Junta Revisora de Ordenanzas Navales. Había servido activamente veinticinco años. Ya tenía nueve hijos de doña Dolores Cavero de Grau. Llevando consigo al primogénito fué a Chile en el verano de 1877 a recoger los restos de su padre. A su retorno informó de los preparativos bélicos de esa nación y la manifiesta superioridad en que se hallaba su escuadra.



Heroicidad

Como en el misterio dogmático de la Trinidad, en nuestro país, la Costa, la Sierra y la Montaña son tres elementos absolutamente distintos que por ignoto capricho forman un todo: el Perú. Extrañas regiones naturales estas tres que conforman nuestro territorio: microcosmos que comprenden, a su vez, mundos infinitamente pequeños en oposición unos con otros en la mayor parte de los casos.

La Sierra es una zona de antítesis y contrastes apretujados de abajo arriba en variedad infinita. Allí alternan los yungas cálidos con los inaccesibles picos nevados; las **punas bravas,** con los acogedores valles donde ondulan los trigales. Todo resquebrajado angustiosamente por desfiladeros, cañones, **jallcas,** cuestas, **huaylas,** balcones y abras que tercamente se oponen al humano marchar. Si el clásico hubiera conocido la serranía peruana hubiese condenado a Sísifo a cruzarla longitudinalmente una y otra vez.

La segunda región —llamada con poca propiedad **Montaña** pero en realidad **selva o llanura amazónica**— es absolutamente diversa. Se trata de una isla verde rodeada por el mar en trozos de los ríos. La luz de un sol radiante alterna con la angustiosa oscuridad del bosque; el calor infernal con la lluvia inacabable; el mono chillón y la aleve mariposa con el reptil y la fiera. Y sin embargo, sierra y selva tienen un punto de contacto: ambas hostilizaban y ponen vallas a la marcha del hombre. Allá se abre el barranco cortado a pico. Aquí la vegetación extrangula, encarcela en verdura, limita la perspectiva hacia lo alto y hacia lo extenso. Para avanzar precisa embestir contra al Naturaleza no teniendo delante ni meta, ni punto de referencia, ni paisaje.

En la Costa todo es diferente a las zonas anteriores más, no obstante, todo tienden a producir efectos análogos. Rechazada por las cumbres y lamida por el océano, esta región está formada de **tablazos** y desiertos, pampas de tierra dura, pantanos y salinas cegadoras donde el sol reverbera y se disfuerza en espejismos africanos y donde, también, los torbellinos de arena forman médanos faroleros y dunas fofas que se apelotonan prestamente en torno a una piedrecilla para luego desaparecer y marcharse, en viaje radiante y veleidoso, a otro lugar. Zona de inacabables transgresiones físicas, nuestra costa afloja las ansias, enerva. Pero aquí el espíritu tiene a la mano un bálsamo. Porque cuando la agorafobia, sacudiendo el alma, hace que se tienda la vista en busca de algo que procure una superación volitiva, hállase el océano.

¡El mar..! Verde camino que se ofrece a todas las audacias. El mar peruano: continuidad salobre que liga lo que el arenal divide. Entre nosotros nadie ha querido apreciarlo en su verdadero valor, aunque fué él quien decidió en última instancia cada uno de los episodios de nuestra historia. El mar y los grandes ríos orientales son los únicos elementos que significan continuidad en este territorio peruano formado por trozos heterogéneos que difícilmente encajan entre sí. El quechua, por ejemplo, no llegó a comprenderlos. Su espíritu, fuertemente enraizado al Ande, desconoció la amplitud del agua. Por eso el albatros marino abatió el vuelo limitado del cóndor rural: el mar fué el camino de Pizarro y los suyos. Por él llegaron hasta los musicales sembríos del Inkario los perros de presa, las armas de fuego y los piafantes cuadrúpedos que las carabelejas traportaban para angustioso sobresalto de los soldados imperiales.

Así fué siempre. En el mar decidiéronse las contiendas internas y las guerras contra naciones extrañas. Gonzalo Pizarro fué dueño del Perú hasta la traición de la escuadra de Aldana. La Colonia permaneció sólidamente ligada a la Metrópoli mientras las naves unieron la una a la otra. Pero el lazo quedó rotó cuando los argentinos y chilenos trajeron a nuestra costa los barcos donde lucían, en rebelde alarde, las banderas de las nuevas repúblicas. Por el mar vino San Martín, el santo laico de la independencia americana. Sobre el océano llegó Bolívar arrebujado en su gloria de libertador. Santa Cruz cayó vencido por desconocer —indio mediterráneo— el valor estratégico de la gran vía azul. Y por no saber medir distancias marítimas fracasó el intento español del 66.

Sólo hubo un hombre en nuestra historia republicana del siglo XIX que tuvo, entre otras grandes intuiciones, la del océano: Castilla. El lo utilizó con criterio realista en varias oportunidades. Adivinando el peligro que se escondía en el sur llegó a formular un principio de política naval —"Cuando Chile compre un buque el Perú debe adquirir dos"—. Pero ese alerta perdióse en el vacío. No se excitó al pueblo hacia los mástiles y las quillas. Y la Marina permaneció paupérrima, haraposa y hambrienta, como hija desheredada de la Nación, mientras los millones del guano y el salitre danzaban en loca zarabanda.

Incontenible ,trágica, se presentó en 1879 la guerra con la vecina República de Chile. Para entender sus resultados precisa recordar el estado financiero en que se encontraba el Perú. De éste ya hemos dicho algo. Réstanos añadir que habíamos entrado al papel moneda. Y como consecuencia de ello bajó el tipo de cambio. Que resultó un fracaso el proyectado estanco del salitre en el que se fundaban esperanzas de mejoría nacional. Que las emisiones de billetes fiscales se sucedían unas a otras. Que Dreyfus había presentado un reclamo deprestigiando hasta último grado nuestro crédito. En resumen que nos azotaban la bancarrota, los déficit presupuestales, el papel moneda y las crecidas deudas interna y externa. Sin embargo, había optimismo respecto al resultado de la guerra, optimismo que se basaba, sobre todo, en la pretendida potencia de nuestra Marina de Guerra. Esto era una equivocación de las muchas con que entramos a la contienda.

"Las operaciones militares dependían de las operaciones navales — dice Vicente López. La guerra tendría dos etapas y dos fases: la guerra marítima y la guerra terrestre. La primera decisión de la guerra sería en el mar, pero en el orden natural de las cosas no había ni podía haber duda alguna cuanto a esta decisión. La guerra marítima estaba de antemano decidida contra el Perú, y habría sido así aun en la hipótesis de que sus buques hubieran estado en condiciones de campaña y de combate cuando Chile le declaró la guerra, porque la superioridad de la escuadra chilena sobre la peruana era abrumadora y el grado de desigualdad entre ambas no permitía al Perú esperanzas de victoria. Por honor nacional y por imperiosa necesidad de defensa propia, el Perú aceptaría la guerra y la sostendría hasta donde las circunstancias y sus recursos y los errores del enemigo y el veleidoso azar lo hicieran posible, pero sin que pudiera hacerse ilusión alguna respecto a su desenlace. La victoria en el mar sería de Chile, porque Chile estaba preparado para la guerra en el mar y el Perú no lo estaba en lo absoluto y aun puede decirse que en realidad no tenía escuadra, porque ninguno de sus buques estaba siquiera en aptitud de salir al mar cuando estalló la guerra".

En efecto, la Escuadra Chilena aventajaba a la Peruana en tonelaje total en número de naves y cañones a flote, en calidad y cantidad de trasportes, en desplazamiento máximo de unidades, en espesor de blindaje, en flota mercante, en edad de las naves, en modernidad de elementos. Sólo teníamos a nuestro favor la mayor velocidad de tres buques peruanos y la mejor preparación profesional de nuestros je-

fes y oficiales La última ventaja se anulaba con la pésima calidad de los tripulantes nacionales que reemplazaron a los chilenos que prestaban servicios, reclutas enganchados para la campaña, inexpertos, sin haber sido nunca entrenados Todavía resultábamos en peor situación si consideramos que las naves enemigas habían sido construídas para una guerra con el Perú, y eran homogéneas en mayor grado que las nuestras. Que la Marina Chilena, no obstante lo exiguo del prespuesto de su Nación, fué atendido con regularidad por su gobierno y, por último, que mientras la otra escuadra estuvo lista para actuar desde antes de la declaratoria de guerra, la INDEPENDENCIA tenía sus calderas en tierra, el HUASCAR estaba desarmado, las calderas de la UNION, ATAHUALPA y MANCO se encontraban en mal estado y el CHALACO, la OROYA y la LIMEÑA necesitaban reparación. No es esta una aseveración antojadiza destinada a disculpar nuestra derrota en el mar. Vicuña Mackena reconoce tal verdad. "Su escuadra —dice, refiriéndose a la nuestra— se hallaba desarbolada y dispersa. La corbeta UNION yacía con sus fuegos apagados y sus calderas hechas parches en Iquique, al paso que los dos monitores habíanse convertido en boyas dentro de la rada del Callao". Un hecho concreto demuestra bien la situación de la Escuadra Peruana al iniciarse las hostilidades: en el primer encuentro de la campaña naval los estopines de la UNION fallaron y hubo que utilizar fósforos Los tubos de las calderas reventaron por docenas. Entró agua a las hornillas. De las venticinco libras de presión que normalmente debía levantar el vapor sólo podía alcanzarse diesciseis. Pero el pueblo había pedido que los buques salieran a campaña. Y salieron.

En las juntas de los primeros días de mayo (las que al principio fueron muy extrañas pues asistían a ellas periodistas y civiles sin cargo oficial) hubo quien expresó la opinión de que el HUASCAR solo podía batirse con cualquier nave enemiga. El Capitán de Navío Miguel Grau, Néstor en el consejo y Aquiles en la lid, dijo la verdad, según refiere Paz Soldán (16): "El Comandante Grau manifestó la necesidad de demorar la expedición al sur para que se hiciera, cuando menos ligeros ejercicios de cañón y maniobra. Dijo que la fragata INDEPENDENCIA, con motivo de los trabajos que se hacían en ella, no había hecho ningún ejercicio de cañón y que la marinería apenas conocía sus principales obligaciones por ser de reciente formación; y que el HUASCAR, aunque era el buque más expedito de la Escuadra, estaba muy lejos de poseer la disciplina y práctica indispensables para el caso de un combate, que era peligroso ensayarse con el enemigo en tales circunstancias. Como uno de los concurrentes hablara del gran poder del HUASCAR, el Comandante Grau replicó: **"Señores, es preciso que no nos formemos ilusiones. EL HUASCAR es sin duda un buque muy fuerte pero nunca podrá contrarrestar a uno solo de los blindados chilenos, pues mientras aquel tiene una coraza de cuatro pulgadas y media y dos cañones de 300 libras, éstos tienen una coraza uniforme de nueve pulgadas y dos cañones de 250 libras, a lo cual hay que agregar que por el momento no tiene el monitor balas aceradas (únicas capaces de perforar un blindaje), ni marinería siquiera medianamente expedita, en cambio de lo bien provistos que se hallan los buques enemigos, así de pertrechos como de la gente apropiada para el caso; no siendo de poca importancia la ventaja en estos de tener doble hélice, lo que les permite ejecutar sus movimientos sin perder su posición y con suma rapidez. A pesar de todo —agrego— el HUASCAR, si llegase el caso, cumpliría con su deber, aún cuando tuviera la seguridad de su sacrificio".**

Después de esta junta hubo otras. Planteado el peligro de perder la plaza de Arica y con ella el Ejército de Operaciones que dependía del mar, el Comandante Grau varió su opinión en el consejo del 13 de mayo. Esa noche habló de la necesidad de salir a aquel puerto con la mayor premura, sin esperar que se montara en los fuertes los cañones de a 300 que el Comandante Aurelio García García opinaba

que se colocaran antes de llevar la Escuadra. Pensaba el futuro héroe de Angamos que los ejercicios de entrenamiento del personal podrían realizarse después de efectuar el viaje a Arica.

Aprobado el plan, la Escuadra fué preparada. El Capitán de Navío don Miguel Grau había sido nombrado Comandante de la Primera División, formada por los acorazados. Es decir, se encargaba a su pericia y experiencia lo más valioso de la Armada. Se le sabía resuelto, de un valor ciego, profundamente conocedor de los buques, puertos y marinos enemigos y propios. Era un hecho indiscutido que, además, tenía habilidad, era enérgico y nunca perdía la calma.

Aunque la INDEPENDENCIA resultaba de más valor material que el HUASCAR el Comandante de la División izó su insignia en el último. Amaba esa nave, cuyo comando había ejercido ocho años. Además ,el HUASCAR era ya un símbolo por la gallardía con que se batió en Pacocha (29 mayo 1877) contra la fragata SHAH y la corbeta AMETHYST, de la Armada de S. M. Británica, muy superiores en calidad. Desde que él izó su insignia de Comandante Divisionario, "el HUASCAR" no fué sino Grau envuelto en su coraza de hierro". Por eso pudo realizar tales proezas que no parece hiperbólico el poema de Mérou:

".....y el océano altanero
en cada ola refirió a la arena
que era más poderoso que el pampero
cuando su ira en el llano desenfrena" (17).

El 16 de Mayo de 1879, colocadas en su sitio las calderas de la INDEPENDENCIA, salieron del Callao esa nave, el HUASCAR, MANCO CAPAC, ATAHUALPA y los trasportes LIMEÑA, OROYA y CHALACO, conduciendo a Arica al Presidente de la República y tropa. El convoy sólo llegó intacto hasta la Isla San Lorenzo. Los monitores pequeños se regresaron de allí al fondeadero por su mal estado y lento andar. Los restantes alcanzaron sus respectivos destinos el día 20.

Entonces comenzó la campaña del monitor, condenado de antemano a pronta pérdida por las empresas arriesgadísimas a que se le enviaba, sin tener en cuenta la superioridad naval enemiga, sin atender las solicitaciones de su comandante (quien pedía se le dejara entrenar su dotación), confiando sólo en la Suerte y en la idoneidad del Capitán de Navío Grau. Así comenzó a parecer "más que una nave, un ser viviente con vuelo de águila ,vista de lince y astucia de zorro. Merced al HUASCAR, el mundo, que sigue la causa de los vencedores, olvidaba nuestros desastres y nos quemaba incienso". (18).

"Perennemente desafiaba el peligro de los blindados chilenos y no contaba sino con la bondad de la fortuna para escapar huyendo en caso de un encuentro. Grau desplegó y demostró constantemente sus extraordinarias cualidades de inteligencia, de pericia y de visión. En el carácter especial de esta guerra, en que el más debil fué llamado al mayor esfuerzo, a la mayor acción, a la mayor iniciativa, a las mayores virtudes y a los mayores peligros, a superarse a sí mismo, en suma, y a contrarrestar por la superioridad de su esfuerzo la superioridad material del enemigo, a hacer, en suma, lo que el enemigo, aunque más fuerte, no era capaz de hacer, el grande espíritu que había en Grau encontró la oportunidad de su revelación. La guerra no hizo a Grau sino que lo reveló. En él había un predestinado, un héroe de la eternidad. Su audacia, su determinación, su valor, su inspiración, su generosidad, su nobleza, su facultad de realizar siempre lo inesperado, lo imprevisto, lo increíble y lo imposible; la suprema proeza y el supremo servicio de guardar él solo con su frágil nave, que su genio y su heroísmo habían hecho legendaria, pero que

en verdad estaba desarmada, porque carecía de artilleros y su solo poder efectivo estaba en el espolon; su obra toda en la guerra; su heroica y terrible muerte, en fin, bajo los fuegos de los dos acorazados chilenos en el encuentro tanto tiempo evadido y a la postre inevitable, fijan su papel y su personalidad en esta guerra como un texto clásico, singular, aislado, único, para el aprendizaje y la educacion de las generaciones en la belleza heroica de espíritu humano y en la concepción de la gloria y de la inmortalidad. Esta herencia, la herencia del HUASCAR, la herencia de Grau, es incomparable en su valor permanente de elevación y transfiguración".

El 21 de Mayo trabó el buque su primer combate de esta guerra. Ese día entró el HUASCAR a Iquique y cañoneóse dos horas con la ESMERALDA, infructuosamente por que sus proyectiles no alcanzaban el blanco debido a la pésima calidad de los artilleros. Entonces, con esa sangre fría y aplomo tan suyos, con esa maestría para ejecutar operaciones de guerra que siempre demostró el Comandante Grau, se fué sobre la corbeta con el espolón, embistiéndola tres veces. "Los tres asaltos" — dice el Coronel Ebdhal (19) — "fueron ejecutados con harta destreza y después de cada choque hizo retroceder a su buque con admirable prontitud". La ESMERALDA, luego de batirse valientemente, se hundió partida en dos, mientras en la cubierta del monitor quedaba tendido el cuerpo del Comandante Arturo Prat, compañero del vencedor en el combate de Abtao. "Señor Carbajal — ordenó el Comandante — tenga cuidado con el cuerpo de ese jefe". Luego, como en la sicología de Don Miguel Grau predominó siempre el afecto sobre la idea, sin acordarse del principio básico que enseña "actuar en la guerra como en la guerra", dejó que mandara su sentido humanitario y arrió los botes para salvar a los náufragos de la corbeta.

Hay quien, con espíritu práctico, ha criticado la magnimidad que tuvieron con sus enemigos el Comandante Grau y los demás marinos peruanos durante la Guerra del Pacífico. Se ha dicho que tal sentimiento privó al Perú de legítimos triunfos. Es cierto. Sin embargo, pensemos que si el Comandante Grau hubiera "explotado con dureza las magníficas oportunidades que se le presentaron", sería más grande como militar pero más pequeño como hombre. Y es el calibre de éste el que hay que buscar siempre en los humanos cubiertos por cualquier ropaje. Siendo crueles, fusilando náufragos como la COVADONGA en Punta Gruesa, pudimos arrastrar a la muerte en nuestra caída a miles de enemigos. Pero no hubiéramos ganado la guerra que de antemano estaba perdida. Habiendo sido, en cambio, como fuimos, magnánimos, hemos resultado más nobles en nuestra derrota que el enemigo en su victoria. Y bien puede cambiarse por las vidas que dejamos de sacrificar, el grito de Uribe, salvado de las aguas por los botes peruanos, al pisar la cubierta del HUASCAR: "¡Viva el Perú generoso!". O los términos de la carta de la viuda de Prat al héroe, al agradecer a éste el pésame y el envío de las prendas personales de aquél que, con nobleza altísima, recogió el Comandante Grau de la cubierta de su buque.

Perdimos la guerra por nuestra inmoralidad administrativa, por nuestra petulante falta de previsión. Pero, ya se ha dicho, de ello nos redime los gestos heróicos de nuestros hombres de mar y soldados. También hay honor en merecer los elogios del enemigo. El gran marino peruano los recogió en la Gloria. El día de la catástrofe de Angamos, Benjamín Vicuña Mackena escribió los siguiente: "Hubiéramos querido ciertamente tener al HUASCAR, y no ha sido otra la ambición patriótica de nuestras almas durante seis meses. Pero habríamos querido tenerlo con su bizarro jefe. Así como ha sido, nuestra victoria parécenos incompleta o más bien mutilada. Y el ufano monitor vencido, entrando a las aguas de Mejillones sin el alma

y sin el brazo que lo condujera al asalto, remolcado precisamente por el buque a cuya tripulación diera plazo magnánimo para salvarse hace tres meses, parécenos una sepultura encerrada dentro de glorioso trofeo" (39). Bulnes, por su parte, se expresaba así: "Todo elogio que se haga del caballeroso marino está justificado. Sirvió a su patria con valor, con destreza y con humanidad. Imprimió a sus acciones una nota caballeresca. Cumplía su deber sin arrogancia. Jamás se encuentra bajo su pluma una injuria ni su buque ahondó inútilmente los males de la guerra. Pudo destruir poblaciones inermes y no lo hizo. Dió pruebas de una actitud inteligente en la campaña y mucha serenidad en el peligro. Alma elevada, templada en la fragua del deber, Grau enalteció el nombre de su país y envolvió en un marco de grandeza el fin del poder naval del Perú". (21).

Terminado el combate de Iquique el HUASCAR siguió al sur. Iba solo porque habíamos perdido la INDEPENDENCIA, la mejor nave de la Armada, el mismo día que hundimos la ESMERALDA. Como lo prometió pocos después el Comandante More, que lo fué de la malograda fragata, pagó con su vida en Arica el desastre de su nave.

En su correría el Comandante Grau apresó tres trasportes salvando la vida a sus tripulantes. Entró a Pabellón de Pica, Mejillones (de Bolivia), Cobija, Tocopilla y Patillos. Destruyó elementos de movilidad, tomó presas y rompió el cable de Antofagasta, con los fuertes de la cual plaza y la COVADONGA combatió, suspendiendo el ataque "por consideración a no lastimar inteseses neutrales y gente indefensa". En su regreso al norte burló con hábil maniobra la persecución del COCHRANE, BLANCO y MAGALLANES, (ahora era Ulises frente a Troya). Y al principio de junio llegó al Callao, donde fué enviado a hacer ligeras reparaciones a su nave.

Teniendo en cuenta la facilidad con que los limeños nos entusiasmamos y lo dados que somos a festejar y ensalzar a las personas de valía, puede imaginarse las manifestaciones de afecto de que el Comandante Grau sería objeto en Callao y Lima al regresar de su primera correría y el incienso que le quemaron durante el mes que el HUASCAR permaneció en el puerto. Pero su firme cabeza no era propensa a ningún mareo, ni aún el de gloria. Consagrado a su hogar, su esposa y sus hijos, a quienes ahora quería más, con el presentimiento de un epílogo que no podía tardar, siguió sencillo, sereno y humilde. Contestando los brindis que se hicieron en uno de los muchos banquetes dados en su honor, dijo una vez: "Todo lo que puedo ofrecer en retribución de estas manifestaciones abrumadoras es que si el HUASCAR no regresa triunfante al Callao tampoco yo regresaré". Cuenta Gonzáles Prada que un día, fastidiado ya por las alabanzas que le prodigaba un moscardón adulador, exclamó: "Vamos, yo no soy sino un pobre marinero que trata de servir a su patria".

Reparado a medias, salió el HUASCAR y del 18 al 25 de julio hizo su segunda excursión. Entró a Antofagasta, Chañaral, Caldera, Huasco, Carrisal Bajo, Pan de Azúcar e Iquique, batiéndose en ese puerto con el COCHRANE, ABTAO y MAGALLANES. Como en la ocasión anterior, destruyó lanchas y medios de movilidad y apresó trasportes. Entre ellos el RIMAC, tomado en compañía de la UNION, espléndido vapor que llevaba a bordo víveres, carbón, armas, pertrechos, animales y doscientos cincuenta y ocho hombres de tropa del "Carabineros de Yungay". Por el valor material y moral de la presa, esta captura tuvo enorme resonancia. Ella ponía en ridículo al alto comando y la marina enemiga, la última tan superior en fuerza a la nuestra pero incapaz de contener las audacias de los marinos peruanos. En Chile el gabinete fué interpelado y cayó. El Capitán de Navío Riveros reemplazó al Almirante Revolledo en el mando de la escuadra enemiga.

El mes de agosto el Comandante Grau reinició sus excursiones a las costas chilenas. El día 1º salió con el RIMAC, capeó dos temporales haciendo carbón en la

mar durante uno de ellos y contiuó viaje solo. Visitó Caldera, Taltal, Cobija, Blanco Encalada y Cobre. Dos veces combatió en Antofagasta. La primera cuando los torpedos Lay que lanzó contra los buques chilenos casi hunden su propia nave. La segunda, cuando se batió contra el MAGALLANES, ABTAO, LIMARI y los fuertes de tierra, disparando, según dice un chileno "con segura intención de dañar sólo los buques que le hacía fuego". Destruyó lanchas, atemorizó al enemigo y huyó con habilidad de fuerzas superiores.

Desde el comienzo de la guerra Arica fué el centro avanzado de operaciones del Perú. Puerto magnífico, cómodo y abrigado, ofrecía los recursos naturales de los valles de Lluta y Azapa, a más de los de Tacna, a cualquier ejército situado en las cercanías. Además, siendo la rada más cercana a la Capital de Bolivia, sirvió automáticamente de lazo estratégico de unión entre los aliados, llegando a ser la arteria aorta del organismo militar perú-boliviano.

Cuando comprendióse tardíamente en Lima que la guerra era inevitable, el gobierno mandó a Arica ciertos elementos de combate que permitieron organizarla como base naval del sur. El Prefecto Zapata fué encargado de los trabajos militares en el mes de febrero. Pero a mediados de Abril llegó al puerto el Contralmirante Lizardo Montero, nombrado jefe de la plaza, quien debía hacerse cargo de las faenas por realizar. Como conforme trascurría el tiempo afluían soldados y elementos a Arica, el antiguo y rico puerto comercial habíase trasformado rápidamente en plaza guerrera. Así lo advertía el Capitán de Navío Grau, quien llegaba al puerto el 31 de agosto de 1879, a las 17.00 hs., conduciendo el bravío HUSCAR, siempre dócil a su voz.

¡Arica!... Quizás la clara inteligencia del héroe intuiría desde entonces en lo que iba a terminar el hermoso puerto. Las baterías del norte y las del este enseñaban las bocas de sus cañones viejos y espectantes. En el Morro ondeaba el pabellón peruano. Veíasele chato y macizo todavía porque sólo más tarde habría de elevarse a alturas inmateriales para que en él subieran a la Gloria el anciano Bolognesi y los heróicos defensores de "el último cartucho".

EL MANCO CAPAC, llegado el día 7 de ese mes al mando del Capitán de Navío Camilo Carrillo, estaba fondeado al norte del puerto, preparándose para abrir sus válvulas de inundación nueve meses más tarde, después de batirse como fiera acorralada. Entre los fuertes y la población discurrían los soldados. Cholos heróicos vestidos con uniformes de loneta blanca que no podían cambiar porque sólo poseían el que, sucio y rotoso, cubría sus cuerpos. Zambos que guardaban su munición en los bolsillos y entre la manta pues no tenían cartucheras. Indios fornidos calzados con ojotas, con **potos** prendidos al cinturón, porque tampoco había zapatos y cantimploras.

Pero ese día, no obstante tanta miseria, la ciudad estaba en fiesta patriótica. Esperaba al marino epónimo para abrazarlo y bendecirlo. Así era siempre que él llegaba al puerto; la población deliraba de gozo para rezarcirse de las horas angustiosas que pasaba en su ausencia, pensando, con trágica intuición, que un día cualquiera se le llegaría a aguardar en vano. Además, el 31 de agosto que estamos tratando hubo una razón más para felicitar al ídolo: el Congreso de la Nación, haciéndole justicia, lo había ascendido a Contralmirante. La iniciativa había partido del Cuerpo Legislativo al público clamor, mediante una recomendación al Ejecutivo, quedando ex-

pedito el título el 27 de agosto. Gracias a una crónica del corresponsal de "El Comercio" de Lima, es posible dar una idea de lo que fué aquel día en Arica.

Desde que el HUASCAR resultó avistado la banda de músicos del Batallón Victoria comenzó a ejecutar aires guerreros. A sus sones se arremolinó la gente en el muelle, vitoreando al Contralmirante. Allí estaban todos los habitantes de Arica. El pueblo, los soldados, las damas de la sociedad, los representantes del Presidente Daza (acantonado en Tacna con sus tropas), venidos expresamente esa mañana desde la ciudad de las huertas y los callejones olorosos. Allí estaba todos los que veían en el héroe la personiifcación magnífica del marino peruano y la esperanza suprema de la Patria.

Una falúa se ha destacado de la escala del monitor. Los pujantes grumetes del buque, pescadores macizos y valientes pero por desgracia ignorantes casi del arte naval, reclutas novísimos, curvan los remos impulsando el bote en una vistosa "boga de comandante". En la popa, modesto, leal, franco y recio, viene el héroe. Atraca a la escala y un vítor ensordecedor atruena los aires salinos. Las mujeres vierten pétalos de rosa y mixturas bajo sus plantas y sobre su cabeza. El reserva una corona elegante que está atada con cinta sedeña donde lucen los colores de la Patria. Y, emocionado, avanza, como otro héroe americano cantando en estrofas hermosas:

. . . . . "bajo lluvia de flores
y al estruendo de músicas marciales".

Según es de ordenanza, el marino debe presentarse de inmediato al Jefe Supremo de las Fuerzas para dar cuenta de su comisión. Al tomar la primera calle cede la vereda a su superior, el Contralmirante Montero. Este, entonces, rechazándola con gesto noble, lleno de admiración al compañero de siempre, al paisano epónimo, le dice "con su natural jovialidad":

—Nó, Almirante: hoy es tu día. . . .

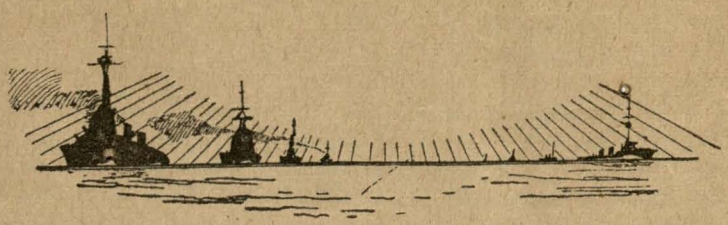
Y en esta forma llegan a la casa donde se aloja el Presidente Prado. Este espera a la puerta y recibe en sus brazos al vencedor de Iquique, estrechándolo fuertemente, a nombre de la Patria toda.

Durante los días que siguen al del desembarco, el flamoante contralmirante se niega a colocar las presillas de su grado porque considera que todavía no las merece. Pero continúa recibiendo felicitaciones, valiosísimas espadas, joyas, medallas y demás ofrendas que le envían los pueblos del Perú y Bolivia. Nada de ello lo perturba. Su infinita modestia puede aquilatarse leyendo la misiva que dirigió a su esposa el 1º de setiembre, en medio del bullicio y las fiestas en su honor. En ella se concreta a manifestarle su tierno amor, a hacerle recomendaciones y encargos familiares y a recordar a los niños. Apenas si dice que tiene muchas cartas de felicitación que contestar.

Y así es en efecto. Le llegan epístolas de admiradores de tierras extrañas, lo alaban los diarios europeos en las reseñas de la campaña, los marinos argentinos le dirigen sincero homenaje (. . . **"los héroes del mar son tan escasos como las guerras marítinas. Parecía que con los Nelson, Graviria, los Brown se había cerrado el glorioso catálogo"**. . . .) pero él sigue humilde. Ni siquiera lo turba la torpe e insidiosa alabanza de quienes le susurran que será el próximo Presidente del Perú. Jamás pensó en al banda como último entorchado. Sabíase reservado para más alto destino.

Sobre los honores, le interesaba el éxito de su misión. Por eso pidió le permitieran limpiar los fondos del HUASCAR. Por eso, también, Montero pudo referir

más tarde que al quedarse solos el Contralmirante Grau y él, uno de esos apoteósicos días de Arica, después de redibir un valioso presente, aquél exclamó: "Sí, todo esto está muy bien. Pero, cuando llegan las granadas Palliser para mi buque....?" No habrían de llegar. Tampoco los cuatro meses de sueldo y las prendas de vestuario que se adeudaba a la guarnición del monitor.....



Gloria

El héroe comprendía que escalando la gloria marchaba a la muerte. Que la situación no podía seguir indefinidamente igual. Conocía las medidas adoptadas en Chile para terminar con el monitor. Sin embargo, no flaqueó un momento. Desatendido en su solicitud de meter el buque a dique, se preparó para salir de Arica por última vez, con estoica resignación. "Sé que llevó al HUASCAR al sacrificio", dijo. Pero se hizo a la mar. Antes escribió a los suyos, envióles los objetos de valor que tenía a bordo y reciibó los sacramentos. Bien comprendía que se iba a entregar en holocausto. Pero, como los semidioses griegos, afrontaba valerosamente su inexorable destino.

Partió el 1º de Octubre con la UNION. Entró a Sarco. Llegó cerca de Valparaíso y regresó a Coquimbo. El 6 tuvo el HUASCAR una descompostura en la máquina. Otra el 7. A las 00:00 hs. del 8 llegó a Antofagasta. Calma chicha peligrosa del mar: nadie sabía donde se encontraban las fuerzas enemigas. Era que se estaba cerrando un anillo de hierro en torno a monitor.

Al amanecer del día antedicho el Contralmirante se encontró ante el semicírculo de muerte del sur: BLANCO ENCALADA, COVADONGA y MATIAS COUSIÑO.

Navegaban tratando de interponerse entre tierra y la división para echar a los nuestros al Oeste. Lo lograron. Siguieron tras ellos perezosamete, saboreando ya el triunfo. A las 7: 15 hs. apareció el semicírculo oriental a los ojos peruanos: COCHRANE, O'HIGGINS y LOA. Comprendió todo lo que iba a pasar. Entonces exclamó: "Estas son las órdenes que dan...." Fué el único reproche que pronunciaron sus labios en el trascurso de esos seis meses de ciega obediencia al plan de guerra naval. Ordenó a la UNION que se retirará, salvando así esa nave para que pudiera realizar más tarde su espléndida ruptura del bloqueo de Arica. Luego se preparó a morir tan virilmente como había vivido.

Trascurrieron dos horas desde que se cerró el círculo de muerte en torno de él y la iniciación de los fuegos. Hay que suponer lo que el héroe y los suyos debieron pensar durante tan larga espera, tan larga que hubiera hecho flaquear un ánimo menos firme que el del Contralmirante de Angamos.

En esos momentos debió mirar con ansia de condenado a muerte ese cielo y ese mar que fueron testigos de su vida intensa, incansable y hazañosa. Como lo vió Aristóbulo del Valle, en visión perturbadora pasarían por su mente los recuerdos de su existencia, sobre todo los de la niñez en su bella tierra piurana que no volvería a gozar. Brotaría de su corazón, tierna caricia, la imagen de su esposa y sus hijos. Pensaría con dolor en lo feliz que podría resultar su vejez en medio de un pueblo que lo bendecía y admiraba. Comprendería nítidamente la tragedia de su ocaso: trapacerías políticas y abandonos criminales de los que no era responsable (bien claro advirtió a sus conciudadanos el peligro de la guerra), lo entregaban al enemigo, débil, manatiado, impotente. Comprendería en ese momento que él era una víctima de la imprevisión y el desgobierno.

¡Qué amargas debieron ser sus reflexiones!.... Pero, también qué hermosa y viril su resolución! Por compromiso de honor consigo mismo y su gloriosa campaña no podía rendir el HUASCAR. Por amor á la Patria tenía que dejar inmaculadamente limpio su nombre a las generaciones postreras. El ejemplo de los héroes peruaos que él conoció en su niñez debió presentarse ante sus ojos. Por eso, junto con

la plegaria que elevaría a Dios su corazón creyente, debió brotar, viril y entusiasta, el grito corajudo: Dios te salve, María..... ¡Viva el Perú!

Los oficiales y marineros, silenciosos, estaban en sus puestos de combate. En el pico, el pabellón se agitaba trasladando su sombra sobre las cabezas de los marinos. Calmo, besaba el mar los costados del HUASCAR. La hélice agitaba las aguas, mientras el humo negro huía, presuroso, de la chimenea perdiéndose en el cielo, ese día de un celeste suave y promisor.... ¡El HUASCAR va a combatir por última vez!, debió resonar el pregón en el cielo de los inmortales. Y los manes peruanos, desde Manco y Cahuide y Zela hasta La Mar, Gamarra y Castilla, aprestaríanse a contemplar la pugna viril, pleno el corazón de patriótica fé.

A las nueve y viente una orden bajó, rotunda, desde la torre de mando. Potro bravío el monitor agitó las crines de su clarín de guerra, relinchó por sus cañones e inició la lucha. De sus dos primeros disparos uno dió en el COCHRANE, pero la coraza de éste lo detuvo. Volvió a disparar. Contestó el COCHRANE cuando estaba a trescientos metros de distancia y el HUASCAR hizo nuevamente tronar sus cañones. Los dos primeros proyectiles chilenos que alcanzaron al monitor causaron grandes daños: un cañón quedó inutilizado y fuera de servicio el timón de combate. Otra granada de la segunda descarga enemiga cayó en la torre y estalló dentro. El Contralmirante don Miguel Grau y su Oficial de Ordenes volaron en pedazos. Los dientes del primero quedaron incrustrados en la cubierta, como en postrer ósculo a ese pedazo de Patria moribunda que el era el HUASCAR, quizás si queriendo retemplar el acero.

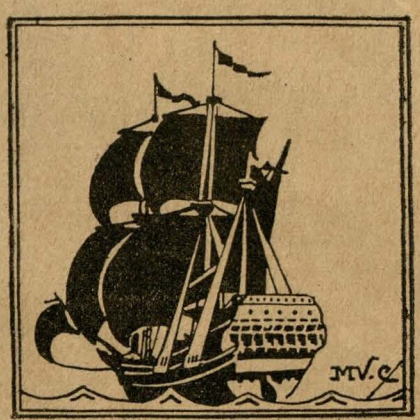
Muerto el Comandante, siguió la lucha. Su espíritu continuaba animando al barco. Dos veces las balas chilenas hicieron caer el pabellón del acorralado monitor y otras tantas volviéronlo a izar sus tripulantes con magnífica obstinación ,para que no quedara duda a sus enemigos de que no pensaban rendirse. En el puesto de comando, que en esta forma se transformó en puesto de muerte, ordenada y bellamente fuéronse sucediendo Elías Aguirre, Carvajal, Palacios, Gárezon. El HUASCAR, sin gobierno, vagaba por el océano como si fuera ya el fantasma de sí mismo. Sólo cadáveres y destrozos mostraba a través de las grandes heridas hechas por las granadas enemigas en el casco y las cubiertas. Entonces el último comandante, de acuerdo con sus compañeros, decidió hundir la nave para lo cual dió las órdenes convenientes. No pudo realizarse tal intento. Pero los chilenos que la abordaron halláronla con cuatro pies de agua y, revólver en mano, pudieron obligar al cierre de las válvulas Los sobrevivientes carecían de armas para resistir. Los cadáveres de los héroes, hacinados en montón informe sobre las cubiertas, parecían formar la bíblica escala de Jacob: su base era espejeante mar y su cima las regiones celestes. De esta manera los combatientes del monitor "prestaron a la belleza y a la gloria de la humanidad el ínclito servicio de mantener en la escena suprema y fatal del desenlance, la esencial unidad del gran drama del HUASCAR, El arca de sangre y de muerte que era el HUASCAR vencido, convirtióse por el heroismo de sus combatientes en una arca de gloria e inmortalidad. En el más eminente sentido de las cosas, no es verdad que el HUASCAR fué vencido. Lo que esta batalla demostró en verdad, es que el HUASCAR era invencible. Si los laureles y no los trofeos hacen la victoria una batalla donde el vencido cosecha todos los laureles y el vencedor recoge todos los trofeos no es una victoria para el vencedor ni una derrota para el vencido. El uno cuenta su victoria en los valores terrenales y materiales, el otro cuenta su derrota en valores morales e ideales. Esos valores hacen difinitiva la victoria. Ellos trasforman al vencido en vencedor y lo consagran a la eternidad en el amor, la admiración y la veneración de las generaciones". (22)

Cuando después de una hora y treinta y cinco minutos de heróico combate de los sobrevivientes a Grau, muertos y heridos ya todos los oficiales, los chilenos abordaron el despojo flotante que era el monitor; uno de ellos vió que un tripulante peruano lloraba delante de los restos de un cadáver mutilado que piadosamente había recogido. Era el tripulante un sirviente del Comandante y los restos todo cuanto quedaba de quién en vida fuera el Contralmirante de la Armada Peruana don Miguel Grau Seminario y en nuestro recuerdo el Héroe de Angamos. En su camarote, la imagen de Santa Rosa de Lima, a la que Grau solía rezar, también estaba cubierta de sangre....



CITAS EN EL TEXTO

(1).—MATALACHE, Enrique López Albújar.
(2).—LA INICIACION DE LA REPUBLICA, Jorge Basadre.
(3).—GRAU, Manuel González Prada.
(4).—HISTORIA DEL PERU, Sir Clement Markham (inglés).
(5).—HISTORIA DE LA MARINA DE GUERRA. Capitán de Fragata A. P. Manuel I, Vegas García.
(6).—Citado por Jorge Basadre en PERU: PROBLEMA Y POSIBILIDAD.
(7).—Sobre este tema puede verse el trabajo del autor MARINOS EN LA SELVA (NOTAS PARA UNA HISTORIA DE LA MARINA FLUVIAL DE GUERRA), que actualmente publica por entregas la **Revista de Marina y Aviación.**
(8).—Artículo citado
(9).—Véase ANTONIO VALLERIESTRA ALBARRACIN, publicado por el autor en la REVISTA DE MARINA Y AVIACION, año 1928.
(10).—Benjamín Vicuña Mackena (chileno). Artículo sobre Grau publicado en Octubre de 1879 en el "El Mercurio" de Santiago de Chile.
(11).—Ob. ct.
(12).—Ob. ct.
(13).—Vegas, Ob. ct.
(14).—Vegas, Ob. ct.
(15).—Ob. ct.
(16).—NARRACION HISTORICA DE LA GUERRA DE CHILE CONTRA EL PERU Y BOLIVIA.
(17).—CANTO AL HUASCAR. Martín García Mérou (argentino).
(18).—Manuel González Prada. Art. ct.
(19).—HISTORIA MILITAR DE LA GUERRA DEL PACIFICO. W. Ekdahl (sueco).
(21).—Art. ct.
(21).—GUERRA DEL PACIFICO, Gonzalo Bulnes (chileno).
(22).—HISTORIA DE LA GUERRA DEL PACIFICO. Jacinto López (venezolano).





Azángaro 1005